

POLITICA EXTERIOR Y ESTRATEGIA MILITAR EN LA EDAD NUCLEAR

Por Hans J. MORGENTHAU,
Profesor de Ciencia Política de la
Universidad de Chicago.

Traducción de Jorge Aurelio
CARRILLO de la Universidad de
México.

La edad nuclear ha abierto un nuevo período en la Historia, tan distinto de la era que la precedió como la Edad Moderna lo fue de la Edad Media, o la Edad Media de la Antigüedad. Sin embargo, mientras nuestras condiciones de vida han cambiado drásticamente bajo el impacto de la edad nuclear, aún vivimos de acuerdo con ideas que corresponden a una era que ha pasado. Existe, pues, una gran diferencia entre lo que pensamos acerca de nuestros problemas sociales, políticos y filosóficos, y las condiciones objetivas que la edad nuclear ha creado.

Esta contradicción entre nuestras formas de pensar y de actuar, que pertenecen a una edad que ha pasado, y las condiciones objetivas de nuestra existencia, ha engendrado cuatro paradojas en la estrategia nuclear de nuestros días: el compromiso de tener que usar la fuerza (nuclear o de otro tipo) con el temor paralizante de tener que usarla; la búsqueda de una estrategia de carácter nuclear que impida precisamente las terribles consecuencias de una guerra nuclear; la carrera nuclear armamentista con el deseo vehemente de detenerla; y la obstinación de llevar adelante una política de alianzas no obstante que las armas nucleares han hecho a dichas alianzas anticuadas. Todas estas paradojas resultan de contraponer las actitudes tradicionales a la posibilidad de una guerra nuclear, y de los inútiles esfuerzos de reconciliar ambas situaciones.

I

No es exageración decir que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética han proscrito la fuerza, en su forma nuclear, como instrumento de sus políticas nacionales. Ninguna de las potencias nucleares desea usar este tipo

de armas para alcanzar sus fines. Estados Unidos ha declarado como objetivos de su política exterior la unificación de Alemania y la liberación de las naciones del Este de Europa; pero ha proscrito enfáticamente el uso de la fuerza para alcanzarlos. En forma similar, la Unión Soviética se ha comprometido a comunizar al mundo; pero ha decidido no usar la fuerza para ese propósito.

Aún más, ambas potencias se abstienen de dar pasos encaminados a alcanzar sus fines, si estos pasos pueden provocar que la otra parte tenga que recurrir a la fuerza, especialmente a la fuerza en su forma nuclear. Así por ejemplo, Estados Unidos declaró desde el principio de la revolución húngara de 1956 que no intervendría, y dio como razón, precisamente, el temor a la guerra nuclear. La Unión Soviética ha exigido repetidamente, y dos veces en forma de ultimatum, un cambio en el *status* de Berlín Occidental; pero se ha abstenido del uso de cualquier forma de violencia para alcanzar su propósito. En la guerra de Corea, ambas partes se abstuvieron de comprometer, cualitativa y cuantitativamente, más de una fracción de sus recursos militares y de explotar sus oportunidades estratégicas al máximo, concediéndose mutuamente en esa forma "santuarios privilegiados", temerosos como estaban de que uno provocara al otro a recurrir a la violencia nuclear. En forma similar, durante la crisis cubana de octubre de 1962, ambas partes llegaron a un punto límite, sin obligar a la otra a dar pasos que podrían haber conducido a la guerra nuclear. Por esta razón, Estados Unidos estuvo satisfecho con el éxito de su política, especialmente en lo que se refiere al desmantelamiento de las llamadas armas "ofensivas" de Cuba, pero no se atrevió a aprovechar su ventaja hasta el punto de eliminar completamente la presencia rusa de dicha nación. Por su parte, la Unión Soviética no intentó romper el bloqueo, y accedió a la exigencia norteamericana de retirar sus proyectiles "ofensivos".

Sin embargo, este continuo abstenerse en la acción, se contradice, también continuamente, con amenazas de recurrir al uso de la violencia, en especial en su forma nuclear, en determinadas contingencias. Por ejemplo, Estados Unidos ha declarado una y otra vez que está resuelto a defender su presencia en Berlín por cualesquiera que sean los medios, incluyendo el uso de las armas nucleares. En noviembre de 1956, con motivo de la invasión franco-británica de Egipto, la Unión Soviética amenazó a Gran Bretaña y a Francia con la guerra nuclear, como ha amenazado también a los Estados Unidos y a uno u otro de sus aliados. Sin embargo, ¿qué tan seriamente deben tomarse estas mutuas amenazas?

En vista de lo que ambas partes saben acerca de lo que significaría una

guerra nuclear, estas amenazas no deben considerarse literalmente apegadas a la violencia con que se expresan. Pero por otra parte, en vista también de la preparación masiva para una guerra nuclear que tienen las dos grandes potencias de las doctrinas militares que apoyan dicha guerra, y de la imposibilidad de responder a un ataque armado con algo que no sea la fuerza nuclear, estas amenazas no deben desestimarse completamente. En las dos crisis sucesivas de Berlín, los Estados Unidos y la Unión Soviética trataron de convencerse mutuamente de que eran lo suficientemente irracionales como para incurrir en su propia destrucción al apoyar sus respectivas posturas con la fuerza nuclear, mientras suponían, al mismo tiempo, que la otra parte sería suficientemente sensata como para no provocar esa irracional reacción. Estamos aquí en presencia de la mecánica de la "mutua contención".

La fuerza nuclear ha asumido una función que es nueva en lo que toca a la forma en que se le usa. La fuerza tradicional es un instrumento encaminado a romper la voluntad del oponente ya sea a través de la defensa o del ataque; es en la efectividad de su aplicación *física* en donde reside su función primaria. En cambio, la función primaria de la fuerza nuclear reside en hacer su aplicación física superflua, al impedir que el pretendido oponente la use. Mientras que la fuerza tradicional opera psicológicamente mediante el uso real y físico de ella, la fuerza nuclear cumple una función psicológica pura y simple. Los oponentes en potencia están constantemente conscientes de la inevitabilidad de su propia destrucción si decidieran recurrir a la fuerza nuclear; y esta consciencia les impide precisamente recurrir al uso de ella.

Conviene notar que en la edad pre-nuclear la amenaza apoyada en la fuerza podía hacerse efectiva mediante el uso real de la misma, de aquí que pudiera determinarse si dicha amenaza era falsa o verdadera. En la edad nuclear, el verdadero propósito de la amenaza es evitar poner a prueba el uso real de la fuerza. La apariencia de poseer tanto la habilidad como la resolución de hacer efectiva la amenaza viene a ser, entonces, de primera importancia como condición para el éxito de la mutua contención.

La naturaleza de esta contención, según se aprecia, es política más que militar, puesto que es esencial la *apariencia* de poseer la habilidad y la resolución de hacer efectiva la amenaza. Para que la contención mutua opere realmente, lo único que necesitan dos naciones es establecer la creencia de que están dispuestas y capacitadas para destruirse recíprocamente en una guerra nuclear. Mientras esta creencia exista, es irrelevante si la realidad corresponde a ella o no. En otras palabras, la mecánica de la mutua contención requiere un elemento de jactancia.

En este punto, la mecánica de la contención mutua da lugar a un dilema

político muy serio. Ninguna nación puede darse el lujo de ceder ante una amenaza de guerra nuclear que es solamente una jactancia, ni puede tampoco enfrentarse a una amenaza que resulte verdadera y no simplemente ficticia. Un error en el cálculo puede ser fatal para los intereses de la nación si cede ante la jactancia, o fatal para su existencia si se enfrenta a una amenaza nuclear que resulte no ser jactancia. Sin embargo, y en esto radica el dilema, una nación no puede determinar con certeza cuándo la otra parte está simplemente balandronando, sin poner a prueba la verdadera posibilidad de llegar al uso de la fuerza, prueba que es precisamente lo que se pretende evitar por medio de la contención mutua. La contención hasta ahora ha dado resultados solamente porque ha quedado en las mentes de ambas partes una duda sobre si la otra estaba realmente balandronando. O, para decirlo de otra manera, ambas partes daban a la amenaza de guerra nuclear por lo menos cierto grado de plausibilidad.

Esta plausibilidad, sin embargo, está destinada a verse afectada por la reiteración continua de amenazas de guerra nuclear, y es muy probable que se vea afectada en forma negativa. Una nación que se ha detenido en un cierto punto, bastante lejos de su meta, porque temía una respuesta nuclear que no se materializó, es muy probable que sea un poco menos tímida cuando llegue el momento de medir las intenciones de su enemigo en la siguiente crisis. Habiéndose detenido la primera vez a tres pasos de lo que ella pensó que era el borde, puede calcularse que la próxima vez podrá dar medio paso hacia adelante y aún permanecer a una distancia segura de dicho borde. Si su cálculo resulta ser correcto, puede estar tentado, en la tercera crisis, a dar otro medio paso más hacia adelante, y así sucesivamente; de tal manera que el margen de seguridad entre la amenaza de guerra nuclear y su realidad se hará cada vez más angosto en las crisis sucesivas, o bien la probabilidad de una respuesta nuclear disminuirá con cada paso atrás que dé la nación amenazada.

Este proceso de erosión es muy probable que resulte de la misma dinámica de la contención mutua. Con cada demostración de su vaciedad, la amenaza nuclear perderá en gran medida su plausibilidad. En consecuencia, perderá en cierta forma sus efectos restrictivos. Una cualidad propia de esta dinámica es, en consecuencia, una doble escala en la cual el aumento por una parte produce una disminución en la otra. Mientras más se reduce la posibilidad de realizar una amenaza nuclear, más es necesario aumentar la violencia en el siguiente reto. Los efectos de la contención es probable que disminuyan con la frecuencia de su uso. Pronto se va a alcanzar un punto en el cual el capital psicológico de contención ha sido completamente gastado,

y la política que se derive de él pronto llegará a la bancarrota. Cuando se llegue a este punto, las naciones afectadas pueden escoger una de estas tres alternativas: recurrir a la guerra nuclear, retirarse, o recurrir a la guerra convencional.

La alternativa de una guerra convencional parece ser la única racional. Es esta guerra la que asegura a las naciones envueltas en ella tanto la oportunidad de sobrevivir como la de alcanzar sus objetivos. Sin embargo, la paradoja del uso de la violencia en la edad nuclear, no está limitada a la guerra nuclear, sino que impide también el uso de la violencia convencional, aunque lo hace sólo bajo ciertas condiciones y en un grado menor.

Porque la distinción clara entre la violencia convencional y la violencia nuclear que los teóricos de la guerra convencional han elaborado, y sus defensores invocan, es válida solamente bajo la condición de que los objetivos que se pretendan alcanzar mediante un conflicto convencional sean lo suficientemente pequeños como para que la derrota, o el estancamiento de las hostilidades, sean aceptables sin necesidad de recurrir a las armas nucleares. Corea fue un ejemplo de ello y también lo es Vietnam. Sin embargo, Berlín y Cuba no lo son, y es dudoso que Corea lo fuera en la actualidad. Es relativamente seguro para las potencias nucleares recurrir a la fuerza convencional solamente si ellas usan esa fuerza en relación con un problema que sea limitado por naturaleza, por ejemplo por la geografía, o bien pueda ser limitado políticamente por la voluntad de las partes en conflicto. La limitación en el uso de la fuerza, entonces, corresponde al carácter limitado de la cuestión en disputa; y ya sea que ganen, pierdan o se retiren, las partes no usarán en el conflicto más que la fuerza limitada que usaron inicialmente.

No es necesario demostrar que son realmente pocos los puntos en disputa sobre los cuales las potencias nucleares pueden recurrir a la violencia, que sean limitados por naturaleza, o que puedan ser mantenidos por los beligerantes indefinidamente en un nivel suficientemente bajo de prioridad. La mayoría de los puntos de fricción son muy importantes desde el principio o adquieren dicha importancia a través de accidentes, errores de cálculo, o la dinámica misma del conflicto, ya que ninguna de las partes puede hacerse a la idea de ser derrotada sin haber usado el máximo de fuerza para salir adelante. Una vez que la fuerza se ha comprometido en una determinada cuestión, aunque sea de menor importancia, el riesgo de que esta importancia vaya aumentando está siempre presente, primero cuantitativamente dentro del uso de la fuerza convencional, y después cualitativamente al pasar del uso de la fuerza convencional a la fuerza nuclear. En esta forma la conciencia

que se tiene de la irracionalidad de la guerra nuclear, lo cual, según hemos visto, impide recurrir al uso de la fuerza nuclear, impide igualmente el uso de la fuerza convencional en la medida en que esta fuerza puede ser antecedente del uso de aquélla.

La inmensidad de la fuerza militar que la edad nuclear ha generado va mano a mano con la devaluación de su uso práctico. Entre mayor es la fuerza militar que tiene una nación, menor es la posibilidad que tiene de usarla. Las naciones que no tienen armas nucleares se han mostrado menos inhibidas en el uso de la fuerza militar que las potencias que sí las tienen, ya que el riesgo que representa la intervención de una de las potencias nucleares es más remota. Las potencias nucleares se ven inclinadas a no usar la fuerza, no sólo en relación con otra potencia nuclear sino también en relación con otras naciones, ya que siempre está presente el riesgo de que una potencia nuclear pueda acudir en ayuda de un Estado pequeño. Así pues, la diferencia entre el fuerte y el débil es actualmente mucho más pronunciada que nunca antes en la Historia (por ejemplo Estados Unidos frente a Cuba), ya que es precisamente esta desproporción lo que hace al poderoso impotente paradójicamente ante la plenitud de su fuerza.

II

La segunda paradoja que surge con motivo de la aplicación de las políticas tradicionales en la edad nuclear, se presenta bajo la idea de una guerra nuclear limitada. Esta idea ha sido expresada en diferentes formas y en diferentes épocas, siendo un ejemplo la política que preconizó el uso de la llamada bomba H "limpia", la cual se supone que producía una lluvia nuclear sin importancia, y por lo tanto sus daños secundarios sobre la población civil eran nulos. Todas estas ideas tienen una cualidad en común: el deseo de reconciliar el uso de las armas nucleares con la reconocida irracionalidad de una guerra nuclear total, y el intento de descubrir un uso racional de las armas nucleares. Cada uno de estos intentos ha sido apoyado por un vasto cuerpo de literatura erudita dedicado a demostrar su racionalidad y su posibilidad, y cada uno ha sido descartado para ser substituido poco tiempo después por uno nuevo. Lo que ha permanecido constante es la necesidad de reconciliar lo irreconciliable, y encontrar una forma de llevar adelante una guerra nuclear sin incurrir en la propia autodestrucción. El propósito primordial es, pues, realizar una guerra nuclear en la forma convencional, de tal manera que dicha guerra nuclear produzca consecuencias convencionales, es decir, razonables y tolerables.

Sin embargo, el enorme poder destructivo de las armas nucleares hace imposible la racionalización de la guerra nuclear. Poco se puede decir ya de la bomba limpia, la cual ha sido olvidada, puesto que lo único que hacía era introducir una leve modificación en su poder destructivo total, sin modificar substancialmente este poder.

Tanto la guerra nuclear táctica, como el control graduado de las armas nucleares presuponen tres cualidades por parte de los beligerantes: la habilidad racional de deducir las intenciones del enemigo por el uso que haga de sus armas nucleares; la habilidad racional de saber exactamente en cada momento de la guerra qué clase de arma nuclear es necesario y prudente usar; y la habilidad práctica para imponer a los puestos nucleares de mando las limitaciones que se consideren necesarias.

Tanto la guerra nuclear táctica como el control graduado de las armas nucleares requieren un elemento racional basado en las intenciones y acciones de los beligerantes. En esta forma, la guerra se convierte en un juego que los teóricos pueden calcular en forma fría y desapasionada, pero que es imposible realizar en la práctica. Esta imposibilidad se deriva de tres factores: la ambigüedad propia del acto militar (que participa desde luego de la ambigüedad del acto político), el desconocimiento de las intenciones del enemigo, y los enormes e irreparables riesgos que los errores en las interpretaciones producen en una guerra nuclear. ¿Cuándo un ataque nuclear sirve un propósito táctico, y cuándo un propósito estratégico? En el caso digamos, de la interrupción por la fuerza de nuestras comunicaciones en Berlín, o de una guerra civil entre el este y el oeste de Alemania, nosotros probablemente intentemos usar armas nucleares tácticas al principio del conflicto; pero iremos subiendo nuestro compromiso nuclear hasta el punto en que el enemigo se desista; y lo mismo podemos decir qué haría la Unión Soviética. Primero escogeríamos estrictamente objetivos militares, por ejemplo concentraciones de tropas y bases de cohetes, y trataríamos de interferir con las comunicaciones del enemigo atacando algunos otros objetivos como aeropuertos, estaciones de ferrocarril, puentes, etc., procurando salvar las poblaciones y los centros industriales. ¿Pero cómo reaccionaría el enemigo si accidentalmente atacáramos objetivos civiles? ¿Bombardearía él un objetivo civil nuestro en represalia, o continuaría limitándose a atacar objetivos militares?

Aún suponiendo que él continuara esta última línea de conducta, la diferencia que existe entre la situación táctica de ambas partes, tiende a hacer desaparecer la distinción entre usos tácticos y usos estratégicos de las armas nucleares. Supongamos, por ejemplo, que la Unión Soviética persiguiera en la Europa central, destruir objetivos tácticos en forma semejante a como

lo haríamos nosotros. Mientras por nuestra parte podemos salvar centros de población debido a la ubicación de los objetivos que perseguimos destruir, la Unión Soviética podría considerar a los puertos del Atlántico de la OTAN como objetivos militares tácticos, destruyendo por ese solo hecho casi todos los centros de población e industriales que rodean a dichos puertos. ¿Qué interpretación daríamos nosotros a esa actitud y cómo reaccionaríamos frente a ella? ¿Escogeríamos un determinado número de ciudades soviéticas para bombardearlas en represalia? ¿A su vez, cómo respondería la Unión Soviética a esa acción nuestra?

Las decisiones sobre el particular no se tomarían, y debe enfatizarse este hecho en contra de lo que parece ser la opinión académica, en la forma objetiva y racional en que se toman las decisiones en un juego de ajedrez. Al contrario. Se tomarían bajo la presión enemiga y tomando en consideración los intereses en juego de la guerra. No es muy difícil determinar las intenciones del enemigo cuando una guerra se está peleando de acuerdo con el modelo de la guerra de Corea, en una área geográfica limitada, con intereses en juego secundarios y sin usar armas nucleares. Pero aún en este caso, nosotros nos equivocamos en relación con las intenciones chinas cuando nuestra conducta afectó gravemente sus intereses, y también nos equivocamos igualmente en lo que respecta al lugar que ocupaba el conflicto coreano en la estrategia mundial de la Unión Soviética, al interpretar dicho conflicto como el movimiento inicial de una campaña que perseguía la conquista militar del mundo. La estimación de las intenciones del enemigo se convierte en un juego de adivinanzas que acarrea riesgos extremos en una guerra. Hemos dado sucesiva y simultáneamente las más diversas interpretaciones a las intenciones soviéticas en lo que se refiere a Berlín, interpretaciones que han ido desde estimarlas como simples jactancias hasta suponer que se pretendía la consolidación del régimen de Alemania Oriental y la puesta a prueba de nuestras intenciones sobre si deseamos ganar el control de Alemania Occidental. Por su parte, las intenciones soviéticas han cambiado también como resultado de la interpretación que han dado a nuestras intenciones.

En el curso de auténticas hostilidades, sin embargo, ambas partes tratarían, primero, de impresionarse mutuamente con la firmeza de algunas de sus intenciones, reales o fingidas, de acuerdo con la mecánica de la mutua contención que ya hemos descrito; y, después, de ocultarse otras intenciones verdaderas sujetas a las necesidades de la guerra. El entrelazamiento de estas dos actitudes haría la determinación de las intenciones auténticas del enemigo, un juego de suerte desesperadamente irracional.

En una guerra nuclear este juego sería por los más altos intereses ima-

ginables, a saber, la supervivencia de los beligerantes. En consecuencia, la evaluación de las intenciones del enemigo se haría bajo una presión irresistible, por demás explicable dentro del contexto de la guerra nuclear; y, por lo tanto, se tendería a asumir lo peor, para evitar el error de desestimar la fuerza del enemigo. Esto ocurrió cuando evaluamos bajo condiciones relativamente favorables el lugar de la guerra de Corea en lo que se refería a las intenciones soviéticas, lo que nos llevó a embarcarnos en una política de rearmamento masivo, en exceso de lo que requería la situación local en Corea.

Ninguna de las dos partes podría dar al enemigo el beneficio de la duda en las etapas iniciales de una guerra nuclear limitada, puesto que arriesgaría su propia destrucción. Ambas partes están convencidas de que su mayor oportunidad de surgir de la guerra, sin daños fatales, reside en destruir la capacidad de tomar represalias del enemigo, o, por lo menos, su voluntad de continuar la guerra. Una vez iniciada una guerra nuclear limitada, su ascenso sería progresivo hasta llegar al máximo de violencia por razones intrínsecas y propias de la guerra. Este ascenso no podría ya ser detenido.

Estas consideraciones han servido de base para formar un criterio específico, que consiste en tratar de encontrar una pausa entre la guerra convencional y la guerra nuclear táctica, por una parte, y la guerra total, por la otra. Antes de que los beligerantes se embarquen en una mutua destrucción por medio de una guerra nuclear, se pretende que se den una oportunidad para reaccionar, para dar pasos atrás, y para negociar un arreglo. Pero aún cuando uno comparta el punto de vista optimista de que una guerra por grandes intereses podría desenvolverse en una forma tan racional que el progreso de la guerra podría ser determinado por una sucesión de decisiones conscientes y racionales; los beligerantes, una vez que han llegado a los linderos de una guerra nuclear total, tendrían que estar absolutamente ciertos de la decisión de la otra parte de detenerse en dichos linderos. Esta decisión no puede darse por descontada en vista de las grandes ventajas que ofrece un ataque inicial sorpresivo. ¿Cómo podrían determinarse las intenciones de los beligerantes de detenerse en el límite? Dichas intenciones sólo podrían determinarse por medio de los hechos, los cuales, según hemos visto, son aún más inciertos y ambiguos en épocas de guerra que en épocas de paz.

El teletipo directo establecido en 1963 entre Washington y Moscú, sirve el propósito de poner en claro las intenciones de ambas partes en tiempo de crisis. Sin embargo, este aparato técnico usado para propósitos políticos participa en la ambigüedad del acto político. Una comunicación directa entre la Casa Blanca y el Kremlin podría en realidad ser usado para los propósitos benéficos con que ostensiblemente se creó. Pero también podría usarse para

propósitos muy diferentes. Imaginemos por un momento que hubiera existido esta comunicación directa entre la Casa Blanca y el Palacio Imperial de Tokio el día 6 de diciembre de 1941. Que espléndida oportunidad le hubiera proporcionado al gobierno japonés para ocultar sus verdaderas intenciones del gobierno de los Estados Unidos.

El problema principal que una guerra nuclear provoca no está resuelto por un aparato técnico como es la línea directa. ¿Tendrían las naciones, cuando ya están realmente enzarzadas en una guerra por altos intereses (y cuando ya se han comprometido públicamente a alcanzar ciertos objetivos) el valor moral, la tranquilidad intelectual y el control racional necesarios para detenerse antes de iniciar una guerra nuclear total? La mejor respuesta que puede uno dar, es que es muy poco probable, aunque no imposible, que ellas estuvieran capacitadas para proceder en esa forma. Pero no es una respuesta muy buena cuando la existencia misma de grandes naciones, y el destino de la civilización está en riesgo.

Finalmente, el éxito de una guerra nuclear limitada se dice que depende de la habilidad del mando supremo militar para obligar a todos los puestos de comando a que se conserven dentro de los límites ordenados. Sin embargo, no importa lo centralizada que esté la decisión de iniciar una guerra nuclear y de escoger las armas y los objetivos, la verdad es que el curso de la guerra misma está siempre, en un grado considerable, en manos de los comandos locales. Su criterio determinará, en buena medida, los límites de la guerra nuclear. Ciertamente es utópico esperar que todos, sin excepción, evaluarán correctamente los diferentes factores a que se ha hecho mención arriba, de tal manera de conservarse dentro de los límites establecidos. Es mucho más probable, vistas la experiencia de las guerras anteriores y la tendencia militar de llegar al máximo de violencia, que al escoger los objetivos y las armas, los comandos descentralizados tiendan a desescadenar una guerra de grandes proporciones. La proposición del profesor Oskar Morgenstern, racionalmente impecable, de entrenar a los comandos locales para tomar decisiones correctas en una guerra nuclear, puede, cuando mucho, atenuar estas deficiencias; pero éstas no son, en última instancia sino al resultado subjetivo de la interpretación de condiciones objetivas, las cuales no pueden ser apreciadas en la misma forma en todos los rangos de la jerarquía militar.

Pero además, en vista también de la experiencia pasada, no puede suponerse que los comandos locales, aún cuando estuvieran intelectualmente equipados para tomar las decisiones correctas, tendrán siempre la fuerza de voluntad necesaria para cumplirlas. Los comandantes militares tienen un deseo natural de ganar victorias destruyendo al enemigo, más bien que de mantener

una situación de estancamiento infligiendo daños limitados. En esta forma, la condición natural de los comandantes militares ofrece otro argumento en contra de la posibilidad de mantener a la jerarquía militar en una guerra nuclear dentro de los límites decididos de antemano por las autoridades centrales.

El proyecto más serio que se ha concebido hasta ahora de llevar a cabo una guerra nuclear de conformidad con los cánones tradicionales de una guerra convencional, es el sistema llamado de "estrategia de contrafuerza". Como lo declaró el Secretario de la Defensa McNamara en un discurso de fin de cursos de la Universidad de Michigan, en junio 16 de 1962: "Los Estados Unidos han llegado a la conclusión de que, hasta un grado tolerable, la estrategia básica militar en una posible guerra nuclear debe ser muy semejante a las operaciones convencionales militares, tal y como se han concebido en el pasado. Esto es, el objetivo principal en materia militar debe ser la destrucción de las fuerzas militares del enemigo, más no la destrucción de su población civil".

La característica distintiva de una estrategia de contrafuerza es que permite aplicar los conceptos racionales de una guerra nuclear táctica a una guerra nuclear estratégica. Busca usar bombas nucleares para lanzar ataques localizados de acuerdo con los conceptos aceptados en la guerra convencional. En esta forma, el propósito de la guerra nuclear sería destruir la fuerza nuclear del enemigo. Los beligerantes surgirían de esta guerra golpeados y heridos; pero con su población esencialmente intacta. Si esta estrategia de contrafuerza llegara a realizarse, los beligerantes al final de una guerra nuclear basada en dichos principios, terminarían en una situación mejor que la situación en que terminó Alemania al finalizar la segunda guerra mundial. Sin embargo, cuatro argumentos se oponen a la posibilidad de llevar a cabo una estrategia de contrafuerza.

El primero es que la segunda guerra mundial demostró que la extensión de la lista de los objetivos militares legítimos bajo el sistema de una guerra total, ha hecho la distinción entre objetivo militar y objetivo no militar tenue en la teoría e insostenible en la práctica.

Las estaciones de ferrocarril y las fabricas, por ejemplo, se han convertido en objetivos militares legítimos, y fueron atacados y destruidos como tales durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, como regla general, los centros de población que rodeaban estos objetivos también fueron destruidos. Se puede argumentar, desde luego, que los cohetes son instrumentos más precisos que las bombas para llevar a cabo ataques localizados, puesto que las bombas eran soltadas desde aeroplanos por seres humanos, quienes frecuen-

temente las lanzaban en la vecindad de los objetivos militares debido al temor de la fuerza de las armas antiaéreas. La mayor precisión de los cohetes se compensa, sin embargo, con el grado tan grande de destrucción que poseen estas armas. Así pues, en vista de este argumento, la estrategia de contrafuerza sería posible solamente en el supuesto de que todos los objetivos militares estuvieran alejados de los centros de población por un número de millas suficientemente grande como para protegerlos de los efectos de un ataque nuclear sobre dichos objetivos.

Pero aún suponiendo que todos los objetivos militares fueran de esta naturaleza, existe una disparidad evidente entre el lugar donde se encuentran las instalaciones nucleares soviéticas y el lugar donde se encuentran nuestras propias instalaciones nucleares. En esta forma aún cuando fuera técnicamente posible para nosotros provocar una estrategia de contrafuerza contra la Unión Soviética, la Unión Soviética no podría hacerlo con nosotros si lo quisiera. En vista de la localización de muchas de nuestras instalaciones nucleares en la vecindad de nuestras ciudades, no podría atacar las primeras sin arriesgar la destrucción de las últimas. Si tal cosa sucediera nos enfrentaríamos, al nivel de la guerra nuclear estratégica, con el mismo dilema que ya discutimos en relación con la guerra nuclear táctica.

Otra discrepancia que hace la estrategia de contrafuerza imposible de realizar, se refiere al arsenal nuclear que tienen a su disposición los Estados Unidos y la Unión Soviética. Se supone que los Estados Unidos poseen un gran arsenal, mientras que la Unión Soviética aparentemente no lo tiene. Por el contrario, la Unión Soviética se supone que compensa su debilidad en cuanto al número de sus cohetes nucleares, con pocas armas de 10 megatones o más. Por lo tanto, mientras es posible para los Estados Unidos destruir solamente objetivos militares con bombas de un megatón, no es posible para la Unión Soviética destruir solamente objetivos militares con bombas de 10 megatones, sin afectar al mismo tiempo centros de población civil. Así pues, dado que la estrategia de contrafuerza se basa en principios de reciprocidad, esta reciprocidad no es posible porque las fuerzas nucleares de las partes en conflicto no están balanceadas.

En tercer lugar, y fuera de la asimetría entre los objetivos y las armas, la estrategia de contrafuerza tampoco opera debido a una asimetría en las posiciones estratégicas fundamentales. Una estrategia efectiva de contrafuerza es inseparable de una estrategia de primer golpe. Las instalaciones nucleares de las dos grandes potencias se componen de dos tipos: aquellas que son vulnerables, y por lo tanto que se convierten en objetivos de la contrafuerza, y aquellas que son relativamente invulnerables ya sea debido a su ubicación

en sitios protegidos o a su movilidad, y pueden convertirse, solamente y hasta cierto punto, en objetivos marginales de la contrafuerza. La nación A, que persigue una estrategia de contrafuerza contra la nación B a través del primer golpe, estará capacitada para dejar completamente inutilizadas, si no es que destruidas, las instalaciones nucleares vulnerables de B, usando primeramente sus instalaciones nucleares vulnerables para ese propósito. B, obligada a usar una estrategia de contrafuerza en contra de A a través de un segundo golpe, tendría que usar sus instalaciones nucleares invulnerables. ¿Pero contra cuáles objetivos de A podría usarlas? Podría destruir sitios de despegue sin cohetes, bases vacías de submarinos, campos aéreos y fábricas. El perjuicio que podría hacerle a A, a través de un segundo golpe, sería seguramente inferior al daño que ella habría sufrido por el primer golpe que le dio A, y sólo podría alcanzar sus objetivos al precio de comprometer unilateralmente por lo menos una fracción de su reserva nuclear invulnerable. En esta forma, después de los primeros intercambios de golpes con fuerza nuclear, llevados a cabo dentro de los límites de la estrategia de contrafuerza, A lleva la ventaja por haber dado el primer golpe.

La ventaja de A es resultado de las características principales de las armas nucleares. Una base de lanzamiento de cohetes, como una pistola, o un cañón, es un elemento activo en el campo militar solamente si cuenta con las municiones necesarias que pueda disparar. La base de lanzamiento pierde su utilidad militar cuando se queda sin municiones, y la posibilidad de conseguirlas está en razón inversa a su potencia. Por una parte, el que lleva una pistola puede disparar su arma cientos de veces con las municiones que lleva consigo, por la otra, una base de lanzamiento de cohetes puede ser usada una sola vez, y debe depender de la forma en que se le proporcionen los demás cohetes a intervalos inciertos y prolongados.

Un submarino *Polaris* después de que ha disparado su dotación, pierde su utilidad como portador de armas nucleares hasta que tiene acceso a una base de cohetes. En esta forma la utilidad activa de una arma nuclear móvil es enorme pero se limita a un sólo instante, mientras que la actividad de las armas convencionales es mucho muy inferior en potencia, pero se extiende en un considerable lapso. O para ponerlo en el lenguaje de la guerra convencional: la artillería o la infantería convencionales pueden temporalmente carecer de municiones bajo circunstancias inesperadas y por lo tanto pueden perder de momento su utilidad militar activa; pero las instalaciones nucleares móviles perderán sus municiones instantáneamente o por lo menos después de unos cuantos disparos, lo cual es característico, según se ha dicho, de la naturaleza de las armas nucleares. Es en vista de estas ca-

racterísticas peculiares de las armas nucleares que A gana una ventaja militar si puede obligar a B a gastar unilateralmente una fracción de su fuerza invulnerable. Supongamos, para usar un ejemplo muy simple pero ilustrativo, que A y B poseen 10 submarinos Polaris y que después del primer ataque de A, B compromete seis de sus submarinos en una represalia de contrafuerza. Si A fuera a empezar al segundo intercambio nuclear comprometiéndolo cuatro de sus submarinos Polaris con una estrategia de contrafuerza bombardeando una ciudad, y B fuera a responder en la misma forma con lo que le queda de sus submarinos Polaris, la relación cuantitativa entre A y B en términos de Submarinos Polaris al final de la segunda vuelta, sería de 6 a 0. En otras palabras, el compromiso unilateral de la fuerza contenciva invulnerable de B habría tenido como resultado una clara superioridad en materia nuclear por parte de A. Así pues, como A y B deben darse cuenta de la ventaja del primer golpe antes de que estalle la guerra, ambas tienen un incentivo para ser las primeras en golpear.

Sin embargo, aun cuando A no contara con la ventaja de un primer golpe, ¿qué harían A y B después del intercambio de ataques nucleares? Han destruido lo que la estrategia de contrafuerza les permite destruir y se encuentran en una situación política y militar equivalente a un callejón sin salida. Las guerras se luchan con el propósito de destruir la voluntad del oponente a través de la victoria en una batalla. El resultado de una guerra nuclear que se lucha dentro de los límites de una estrategia de contrafuerza es un estancamiento. Después del intercambio nuclear, los beligerantes se encontrarán en la misma posición que ocupaban antes de que la guerra nuclear estallara, menos sus instalaciones nucleares vulnerables. Claro que pueden hacer la paz sobre la base de un *status quo ante bellum*, pero entonces la estrategia de contrafuerza se revelará como un desperdicio completo de recursos humanos y materiales. Podrían, desde luego, continuar la guerra con los medios convencionales, reforzados con armas nucleares tácticas. Sin embargo, al seguir por este camino encontrarían los mismos problemas insolubles que la guerra táctica nuclear presenta, y que ya discutimos arriba.

Resumiendo, la estrategia de contrafuerza resulta ser impracticable porque es una versión convencional y racionalmente limitada de la guerra nuclear, porque existe asimetría entre los objetivos y las armas, porque la asimetría se refleja tanto en los efectos del primer golpe como en los del segundo y, finalmente, porque es imposible continuar la guerra después del primer intercambio nuclear hasta llegar a una conclusión, política y militarmente satisfactoria.

III

La competencia cuantitativa y cualitativa en el terreno de las armas convencionales es el instrumento más obvio y racional en la política internacional. Entre mayor es el arsenal de una nación en cantidad y en calidad, mayor es, obviamente, su potencia militar material. Esta justificación de la carrera armamentista convencional resulta de la limitada capacidad de las armas convencionales en relación con los objetivos que se pretenden alcanzar. La nación A que posee, digamos, 10% más de ametralladoras que la nación B, es, si todo el resto de su arsenal es igual, militarmente superior a la nación B.

Uno puede suponer, hipotéticamente, una situación en la que A y B estarían saturadas de ametralladoras, y por lo tanto una competencia adicional en esta materia sería irracional.

Pero lo que es una hipótesis irracional en lo que se refiere a armas convencionales, resulta ser un hecho en el campo nuclear. Ambas potencias nucleares pretenden tener la habilidad de destruir a la otra, sin importarle lo que esta otra haga. Estados Unidos ha enfatizado que puede destruir a Rusia varias veces. Pero como la destrucción de la sociedad enemiga es lo máximo que se puede alcanzar por la fuerza de las armas, no existe una justificación racional para continuar la carrera armamentista nuclear, después de que ambas partes han alcanzado el límite máximo.

Sin embargo, la carrera armamentista nuclear continúa, tanto cuantitativa como cualitativamente —y aquí encontramos el primer elemento de la paradoja— como si las mismas reglas de la competencia se aplicaran por igual a las armas nucleares y a las armas convencionales. Las formas de pensamiento y de acción que la experiencia nos ha enseñado desde el principio de la Historia hasta el final de la segunda guerra mundial, se siguen poniendo en práctica en una época en la que ya no tienen importancia. Se justifican sólo por dos razones: estrategia de contrafuerza y la posibilidad de innovaciones tecnológicas.

Ya hemos visto que la estrategia de contrafuerza no conduce a ninguna parte.

Por lo que se refiere a la justificación de la carrera armamentista nuclear, basada en un futuro progreso tecnológico, su refutación es sólo especulativa. El argumento tiene tres aspectos: defensa antinuclear, mejoramiento de las armas, y descubrimiento de una tecnología armamentista hasta ahora desconocida.

La defensa antinuclear, en contraste con la defensa ordinaria, tiene la peculiaridad de que no vale la pena tenerla si no es 100% efectiva. Basta que de cien cohetes lleguen diez a sus objetivos, para que el daño sea irreparable. Hasta ahora, no hay posibilidad de crear una defensa antinuclear efectiva en un cien por ciento.

La búsqueda de un arsenal nuclear mayor y mejor, es un obvio residuo de la edad de la guerra convencional, ya que, como se ha dicho, una vez que una nación ha alcanzado la potencia necesaria para destruir a su enemigo muchas veces, carece de importancia si esta destrucción la logra con un alto número de bombas de pocos megatones, o con un bajo número de bombas de muchos megatones. Sin embargo, estos anticuados modos de pensar y de actuar persisten en nuestra época. La producción de plutonio es un ejemplo. Es un hecho sabido que poseemos una gran existencia de plutonio, explosivo que se usa en las armas nucleares. Sería por lo tanto sensato detener la producción de plutonio y así se ha sugerido seriamente; sin embargo, en el momento de escribir estas notas, no se ha ni aceptado ni rechazado la sugerición. Antiguamente era conveniente almacenar grandes cantidades de pólvora o de dinamita; pero en la actualidad no puede uno ni siquiera imaginarse que, después de un intercambio de cohetes atómicos, pueda presentarse la oportunidad de emplear el plutonio almacenado.

Finalmente, la carrera armamentista no puede basarse en la esperanza de alcanzar una nueva revolución en la técnica de la guerra, pues dicha revolución ni siquiera está a la vista. En la época de los treinta, la situación era diferente. En ese entonces, los logros teóricos en el campo de la física dejaban entrever la posibilidad del advenimiento de las armas nucleares. Las investigaciones científicas de la actualidad no permiten hacer un pronóstico semejante, es por lo tanto fútil continuar la carrera armamentista sobre la base del conocimiento científico y la habilidad tecnológica que ambas potencias nucleares han alcanzado.

Sin embargo, por lo que se refiere a la citada carrera armamentista, nuestra forma de pensamiento y acción no está sólo en contradicción con la realidad nuclear, sino que lo está también, y aquí encontramos el otro elemento de la paradoja, consigo misma. Dos impulsos contradictorios compiten por el control de nuestros pensamientos y nuestras acciones. Por una parte, nos embarcamos en la carrera de armamentos nucleares como si se tratara de una carrera convencional. Por la otra, conscientes de su irracionalidad, tratamos de detenerla; y algunas veces una conjunción extraordinaria revela brutalmente la vuelta de nuestra mente contra sí misma. Así por ejemplo, el tratado para la prohibición parcial de los ensayos nucleares de 1963 ha

sido defendido simultáneamente por el gobierno y las organizaciones privadas debido a que, por una parte, se supone que es el primer paso hacia el control de la carrera armamentista nuclear, y por otra, porque no interfiere en forma importante en la carrera armamentista que tenemos con la Unión Soviética. Como un incentivo para que el Senado ratificara el Tratado, la Administración tuvo que asegurar solemnemente que la ratificación no impediría que se continuara la carrera armamentista con la mayor energía.

Si el análisis que se ha hecho de la carrera armamentista es correcto, entonces una política racional requiere la estabilización cuantitativa y cualitativa de los niveles actuales de los armamentos nucleares. A esta política se le conoce con el nombre de "control de armamentos". Es un término ciertamente ambiguo que cubre controles internacionales, mutuos y unilaterales. Lo que es esencial para el control de armamentos es una medida que sirva para determinar el nivel tolerable de armamentos del enemigo a través de nuestra propia potencia nuclear. El control de armamentos, en consecuencia, significa detener nuestra propia producción de armamentos nucleares en un punto en que nos proporcione una fuerza de contención invulnerable y efectiva, o bien reducir nuestra fuerza a ese nivel, si es que lo hemos excedido.

Aunque es muy poco probable que bajo las presentes condiciones políticas el control de armamentos pueda alcanzarse por medio de un convenio internacional formal, hay buenas razones para creer que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética lo están practicando. La Unión Soviética en particular, de acuerdo con ciertas estimaciones, ha producido un número mucho menor de cohetes balísticos intercontinentales, de los que es capaz de producir. En los años cincuentas pensábamos que la Unión Soviética aplicaría, a la producción de cohetes balísticos intercontinentales, los principios tradicionales de la carrera armamentista convencional, en vez de producir sólo la fuerza necesaria invulnerable y efectivamente contenciva. Como la Unión Soviética lleva ventaja en la producción de cohetes capaces de llevar bombas de fuerza multi-megatónica, es capaz de alcanzar una fuerza invulnerable, y efectivamente contenciva, con un número considerablemente inferior al nuestro de armas nucleares.

Por su parte, Estados Unidos ha rehusado entrar en competencia con la Unión Soviética en el campo de las armas multimegatónicas, porque su inferioridad en este campo está compensada con su superioridad en número y variedad de otras armas nucleares. La lógica de la época de las armas nucleares que substituye la carrera armamentista convencional con el control unilateral, es un reto a las formas tradicionales de pensamiento y de acción.

IV

El conflicto entre las formas tradicionales de pensamiento y de acción, y las condiciones objetivas de la edad nuclear, ha tenido efectos destructivos especialmente en las relaciones entre las dos grandes potencias nucleares y sus respectivos aliados. En la edad pre-nuclear, las naciones que tenían ciertos intereses en común trataban de defender y promover estos intereses, coordinando sus recursos diplomáticos y militares.

En esta forma, la nación A iba a la guerra por cuenta de los intereses de la nación B, o viceversa, cuando pensaba que la defensa de los intereses de la otra nación equivalía a defender también los suyos. Razonando así, una nación asumía un doble riesgo: podría estar equivocada acerca de los intereses en conflicto y ser arrastrada a una guerra sin que sus propios intereses estuvieran realmente afectados, o podría equivocarse en lo que se refiere a la distribución de las fuerzas y perder la guerra en que se comprometió. De lo que una nación debía cuidarse en sus relaciones con sus aliados era de un fiasco diplomático o de un error militar. Si ocurría alguna de las dos cosas, lo peor que podría pasarle era ser derrotada en la guerra, con la pérdida consiguiente de su ejército o su territorio.

La existencia de armas nucleares ha transformado radicalmente estas relaciones tradicionales entre aliados y los riesgos que resultan de ellas. La nación nuclear A que entra en una alianza con la nación B, sea ésta nuclear o no, corre un doble riesgo diferente de los riesgos que corría un miembro de una alianza tradicional. Al hacer honor a la referida alianza, bien puede verse obligada a luchar una guerra nuclear con la potencia nuclear C, provocando así su propia destrucción, o el aliado B puede provocar una guerra nuclear con la potencia C, por intereses distintos a los previstos en la alianza; pero forzando a A a intervenir en una lucha nuclear por intereses que no son los suyos. Este último riesgo es amplificado si B es también una potencia nuclear, aunque sea de modestas dimensiones. Si C fuera amenazada o atacada por B con armas nucleares, C podría, correcta o incorrectamente, considerar la potencia militar de B como una simple extensión de la de A, y anticiparse y prevenir parcialmente la intervención de A por medio de un primer golpe en contra de ésta. O bien, A, anticipándose a la reacción de C contra sí misma o buscando salvar a B por medio de la mutua contención, comprometería su propio arsenal nuclear contra C. En cualquier caso, B, por muy débil que sea como potencia nuclear, tendría la posibilidad de actuar como gatillo en una guerra nuclear total.

B, por su parte, también se enfrenta a un doble riesgo. Puede poner en peligro su existencia en una guerra nuclear que inicie A para defender sus intereses; o bien, puede hallarse abandonada por A, quien rehusa correr el riesgo de su propia destrucción por proteger los intereses de B.

Es esta radical diferencia entre los riesgos que corrían los aliados en la edad prenuclear y los que corren en la edad nuclear, lo que ha establecido también una gran diferencia en lo que se refiere a la efectividad de las alianzas. En la edad prenuclear se estimaba, con un alto grado de certeza, que el aliado A acudiría en ayuda del aliado B, aún a costa de ser derrotado en la guerra. Pero en nuestra era nuclear el mecanismo de la mutua contención ya mencionado actúa en perjuicio de las alianzas. La misma duda que detiene a C, enemigo, detiene también a B, aliado. C no puede estar seguro de que A arriesgará realmente su existencia recurriendo a la guerra nuclear y, por lo tanto, se contiene. B, por su parte, no puede estar seguro de que A desea arriesgar su existencia recurriendo a la guerra nuclear y, como consecuencia, se contiene también. Infortunadamente, esta relación triangular ofrece la oportunidad de cometer errores más grandes y complejos y, por lo tanto, más peligrosos que aquellos que pueden cometerse en la relación bilateral de contención mutua.

Las potencias nucleares, por medio de dos políticas diametralmente opuestas, se han esforzado en escapar del dilema que provocan aquellas alianzas que llevan aparejados riesgos inaceptables. El Presidente De Gaulle, en su conferencia de prensa del 14 de enero de 1963, y en declaraciones subsecuentes, ha reconocido que, para todos los efectos prácticos, las alianzas son anticuadas, y ha propuesto reemplazarlas con artificios de contención nuclear de carácter nacional. Por su parte, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética buscan cohonestar el monopolio nuclear que ambas naciones virtualmente tienen, con el sistema tradicional de alianzas. Ambas políticas ponen en entredicho la supervivencia de las potencias nucleares, si no es que de la civilización misma y, por lo tanto, no dan respuesta satisfactoria al punto que se refiere a la existencia de alianzas dotadas de armas nucleares. Y no dan respuesta satisfactoria a las cuestiones planteadas porque dicha respuesta se basa en razonamientos intelectuales de una época en la que la existencia de las armas nucleares los ha hecho inútiles.

De Gaulle propone asimilar las armas nucleares a las armas convencionales, en el sentido de que, por lo menos, su función de contención sea controlada por los gobiernos nacionales en protección de sus propios intereses tradicionales. Francia usaría sus armas nucleares tal y como ha usado su ejército, su marina y su aviación en el pasado, esto es, con el propósito de

ejercer presión sobre un futuro enemigo. La existencia real de esta amenaza no crea ningún problema especial siempre y cuando dicho enemigo no sea una potencia nuclear, o lo sea en un rango similar al de Francia. Pero el problema se presenta, sin embargo, si Francia se enfrenta a una potencia militar de primer orden, como Estados Unidos o Rusia.

Considerando los recursos industriales y las características geográficas de una nación como Francia, comparados con los de Estados Unidos y la Unión Soviética, existiría siempre una insuperable asimetría entre las amenazas nucleares que Francia pudiera dirigir a dicha potencia nuclear de primer rango, y las que esta última pudiera dirigir a Francia. Francia podría infligir serios daños a una potencia nuclear de primera importancia sin estar capacitada, por lo menos en un futuro cercano, para destruirla por completo; pero una potencia nuclear de primer rango, usando una fracción de su arsenal nuclear, podría borrar a Francia de la faz de la Tierra. Si la acción se uniera a la amenaza, Francia no podría escapar a su muerte, mientras que su enemigo tendría la opción de disminuir el daño que pudiera infligírsele por medio de un primer golpe. En esta forma, una fuerza de contención nuclear nacional da a una potencia nuclear un incentivo más, en adición a los mencionados arriba, para dar un primer golpe; mientras que por otra parte disminuye la credibilidad de una amenaza nuclear que emana de una potencia nuclear de segundo orden.

Sin embargo, el propósito de De Gaulle de usar armas nucleares como instrumentos de política nacional aumenta no sólo el riesgo de una guerra nuclear localizada, sino también el de una guerra nuclear total. Si llegara a erigirse este propósito como principio de política estatal a seguirse por varias naciones, se produciría la proliferación de las armas nucleares y, por lo tanto, se destruiría la esencia de la mecánica de la mutua contención, puesto que esta mecánica descansa en la bipolaridad de la fuerza nuclear.

Sistemas detectivos, como el radar y el sonar, son capaces de identificar los artefactos de lanzamiento cuando se ponen en acción; pero no pueden determinar su identidad nacional, excepto en forma limitada por medio del cálculo del lugar de donde proviene el cohete. En consecuencia, las represalias requieren una determinación *a priori* de la identidad nacional del arma misma, lo cual se consigue solamente en un sistema de bipolaridad. Así, una explosión anónima, causada por un vehículo marítimo, que destruya partes de la costa oriental de los Estados Unidos, sería atribuida, automáticamente, a la Unión Soviética, exigiéndose de inmediato una represalia. Si varias naciones poseyeran armas nucleares y los Estados Unidos tuvieran tensas relaciones con sólo dos de ellas, dicha explosión anónima no podría ser atri-

buída con certeza a alguna en particular, aunque existieran sospechas en contra de una de ellas. La nueva diplomacia nuclear haría lo posible para desviar la sospecha, y la represalia, hacia la parte inocente.

De las tres formas de acción por las que podría optar una potencia nuclear (represalias, inacción, primer golpe), las represalias en estricto sentido parecen ser técnicamente imposibles. En la imposibilidad de identificar al autor del primer golpe, las represalias se ejercerían sobre toda la región geográfica de donde se supone que provino dicho primer golpe, o bien sobre toda la entidad política que se supone originó éste. No tomar represalias sería una forma racional de actuar, solamente si fuera en preparación de alguna acción nuclear posterior. Dicha respuesta sería técnicamente un primer golpe preventivo contra una nación que, si bien no fue responsable del primer golpe original, se estima que puede originar uno en el futuro.

Bajo tales circunstancias, las represalias y la prevención tienden a no distinguirse una de otra, y la distinción entre primero y segundo golpes se desvanece. Si A ha originado realmente el primer golpe contra B, entonces la respuesta nuclear de B es una represalia. Pero si A es sólo un sospechoso, entonces la acción de B es un primer golpe preventivo. Como todas las potencias nucleares tendrían que calcular y maniobrar en esta forma, la proliferación de las armas nucleares, implícita en el esquema de De Gaulle, desembocaría en una anarquía política de inimaginables proporciones, seguida de una destrucción nuclear total ya fuera paso a paso, o en una sola catástrofe por la coincidencia de varias series de golpes preventivos y de represalia.

Vista contra esta perspectiva, la intención de los Estados Unidos y de la Unión Soviética de preservar el *status quo* de bipolaridad nuclear no puede sino provocar simpatía. Estados Unidos y la Unión Soviética se han embarcado en políticas que son substancialmente similares, en el sentido de que tratan de mitigar la paradoja de la alianza nuclear, sin poder superarla. Prefieren arriesgar la desintegración de sus respectivas alianzas, que cooperar en la proliferación nuclear. Se han rehusado, dentro de sus esferas de acción hasta el punto casi de provocar un rompimiento, a apoyar a Francia y a China, respectivamente, en sus intentos de adquirir armas nucleares. Ambas potencias han sido partes principales en la negociación de un tratado que prohíbe parcialmente los ensayos nucleares, uno de cuyos efectos será reducir la proliferación nuclear. Los Estados Unidos han propuesto además a los miembros de la OTAN, la formación de una fuerza marítima nuclear multilateral que daría a los participantes la ilusión de la proliferación, dejando, sin embargo, en manos norteamericanas el uso de la fuerza.

En términos estrictamente nucleares, estas políticas se mueven en un nivel superior de conciencia intelectual que el propuesto por De Gaulle. Pero en términos estrictamente políticos, De Gaulle esgrime un buen argumento. En esto radica la esencia de la paradoja. El uso de armas nucleares como instrumento de política nacional es militarmente anacrónico y auto-destructivo. Y al mismo tiempo una alianza tradicional que tenga armas nucleares está políticamente pasada de moda, ya que o no se puede confiar en ella cuando las cosas empeoran, o le da poder de vida o muerte a uno de los miembros sobre los demás.

Una alianza que conserva el *status quo* de bipolaridad nuclear no puede ser aceptada por las naciones poderosas que no tengan armas nucleares; una alianza con más de un miembro armado con artificios nucleares no puede ser aceptada por los otros miembros; y la proliferación de las armas nucleares entre naciones aliadas está destinada a terminar en una catástrofe universal. En esta forma la paradoja permanece sin resolverse, las formas de pensamiento y de acción que las potencias nucleares están llevando adelante lo único que pueden hacer es retrasar los efectos destructivos de la fuerza nuclear.

La paradoja de una alianza nuclear revela tal vez más claramente que las otras paradojas de la estrategia nuclear, la naturaleza del dilema y la falla de nuestras formas de acción y de pensamiento. Cualquier intento, por muy ingenioso y previsor que sea, de utilizar la potencia nuclear para alcanzar los propósitos de una nación-estado, es negativo debido a la enormidad de la potencia destructiva nuclear. Hemos estado tratando de normalizar, de convencionalizar y de nacionalizar la fuerza nuclear. Al hacerlo hemos abordado erróneamente el dilema nuclear. En lugar de tratar en vano de asimilar la fuerza nuclear para alcanzar los propósitos de la nación-estado, debíamos de haber tratado de adaptar nuestros propósitos a la potencialidad de la fuerza nuclear. No lo hemos hecho seriamente porque realizarlo con éxito requiere una radical transformación —psicológicamente penosa y políticamente riesgosa— de los valores morales, de las formas de pensamiento y de los hábitos de acción. Pero si no logramos esa transformación, no habrá escape a las paradojas de la estrategia nuclear y a los peligros que lleva aparejados.